Sorrentino y la predestinación a la sensibilidad
Una reseña del filme Parthenope, Dir. Paolo Sorrentino, 2024



Diego Enriquez Macías[1]

[1]*Universidad La Salle Bajío Facultad de Comunicación y Mercadotecnia. León, Guanajuato, México.*
Autor de correspondencia: denriquez@lasallebajio.edu.mx
Recepción: 19-09-2026 / Aceptación: 30-09-2026 / Publicación: 30-10-2026

“Ero destinato a la sensibilità”. La frase surge en el elocuente discurso introspectivo e introductorio al enorme personaje de Jep Gambardella en La grande bellezza (Sorrentino, 2013). Es difícil no pensar que ese pensamiento también brota de la mente del propio Paolo Sorrentino. En su más reciente obra, *Parthenope* (Sorrentino, 2024), el director confirma una vez más su predestinación a la sensibilidad, a la sutileza del lenguaje cinematográfico, a esa necesidad casi sagrada de esculpir en cine con la grandilocuencia de la poesía visual.

Felliniano, sí, pero con una voz propia, Sorrentino habita ese territorio donde resulta difícil distinguir entre lo diegético y lo que está más allá de ello: lo que danza suavemente entre lo narrativo y lo onírico, entre los sueños de sus personajes y el simple placer estético del propio director. *Parthenope* es, como su nombre, una sirena que nos llama con su canto visual; una película que no busca explicarse, sino sentirse. A través de una mujer que encarna a Nápoles misma la ciudad, el mito, la memoria, Sorrentino mira el paso del tiempo, la belleza que envejece, la juventud que se disuelve y la nostalgia que queda suspendida en el aire como una nota infinita.

Parthenope no es solamente un personaje: es también una forma de mirar. Desde su aparición, la protagonista parece pertenecer tanto al mundo real como al imaginario de la ciudad. Su cuerpo, su juventud y su belleza se convierten en superficies sobre las cuales los demás proyectan sus deseos, sus frustraciones y sus propias ideas sobre la vida. Sorrentino aprovecha esta condición para construir una reflexión sobre la belleza que va mucho más allá de lo físico. La belleza aparece como experiencia, como posibilidad, pero también como condena: aquello que fascina puede terminar convirtiéndose en aquello que limita.

En este sentido, Nápoles no funciona únicamente como escenario. La ciudad adquiere una presencia casi corporal. Sus calles, el mar, sus edificios, sus iglesias y sus espacios cotidianos participan de la construcción emocional de la película. La arquitectura y el paisaje dejan de ser simples fondos para convertirse en elementos narrativos capaces de expresar estados de ánimo. La ciudad parece respirar junto con Parthenope y acompañar sus transformaciones. Hay en ella una tensión permanente entre lo monumental y lo cotidiano, entre lo sagrado y lo profano, entre la decadencia y la vitalidad.

Es precisamente allí donde el lenguaje visual de Sorrentino alcanza una de sus mayores potencias. La cámara observa con fascinación, pero también con distancia. Se detiene en los cuerpos, en los rostros, en los espacios y en aquellos momentos que, desde una lógica narrativa convencional, podrían parecer innecesarios. Sin embargo, son justamente esos momentos los que construyen la experiencia de la película. Sorrentino parece recordarnos que mirar también es una forma de pensar.

Una vez más, el cineasta nos recuerda que no todo en el cine debe ser narrativo, que no toda escena necesita apuntalar una idea o avanzar un argumento. El cine, parece decirnos, también puede ser un acto poético: una forma de conectar con las emociones más profundas de su creador, y desde ahí, con las nuestras. Sorrentino comprende que la belleza no es solo una meta estética, sino una manera de existir. Cuando el realizador se entrega por completo a ella, su cine alcanza una forma de libertad casi divina, no por grandilocuencia, sino por pureza de mirada.

Esta apuesta puede resultar desconcertante para quien espere de *Parthenope* una historia convencional. La película no parece interesada en conducir al espectador de manera directa hacia una conclusión. Por el contrario, propone una experiencia fragmentaria, sensorial y contemplativa. Sus silencios, sus excesos, sus cambios de tono y sus imágenes aparentemente suspendidas forman parte de una misma estrategia: permitir que el espectador habite la película en lugar de limitarse a seguirla.

La juventud ocupa, en este recorrido, un lugar central. Pero no aparece únicamente como una etapa de la vida, sino como un territorio que inevitablemente se abandona. Parthenope atraviesa ese tránsito mientras observa cómo aquello que parecía permanente comienza a desaparecer. Los encuentros, los cuerpos, los deseos y las personas que forman parte de su vida adquieren una dimensión melancólica precisamente porque están destinados a convertirse en memoria.

La fuerza de Sorrentino radica en esa entrega: en su capacidad de conmover sin explicar, de seducir sin moralizar, de hacer sentir a través de la contemplación. No se trata de un arrebato onanista, ególatra o hedonista, sino de un acto de comunión. Su cine nos da el poder de vernos reflejados en la pantalla y dejarnos llevar por el simple y poderoso placer de admirar la belleza.

En *Parthenope*, esa comunión ocurre también entre el espectador y el tiempo. La película parece preguntarnos qué sucede cuando aquello que alguna vez fue presente se convierte en recuerdo. ¿Qué queda de la belleza cuando deja de pertenecer al instante? Quizá queda precisamente aquello que el cine intenta conservar: una mirada, una sensación, una imagen suspendida que puede regresar mucho después de que la película ha terminado.

Por eso, la sensibilidad a la que alude Sorrentino no debe entenderse como simple delicadeza. Es, más bien, una disposición particular para observar aquello que normalmente pasa desapercibido. Una sensibilidad capaz de encontrar belleza en lo incómodo, en lo absurdo, en lo excesivo y en lo profundamente triste. Su cine no pretende ordenar el mundo, sino contemplarlo en toda su contradicción.

En lo cotidiano, en lo absurdo, en lo profundamente triste, en la nostalgia y en lo cómico. En todo hay belleza. En su cine, todo es belleza.